

LUIGI GIUSSANI

EL SENTIDO RELIGIOSO

PREFACIO DE MONS. JAVIER MARTÍNEZ

EE

ENCUENTRO

RELIGIÓN

10^a
edición

CURSO BÁSICO DE CRISTIANISMO
VOLUMEN 1

Ensayos
364

LUIGI GIUSSANI

EL SENTIDO RELIGIOSO

CURSO BÁSICO DE CRISTIANISMO

Volumen 1

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2008

Francisco Javier Martínez
Arzobispo de Granada


ENCUENTRO

Título original
Il senso religioso

© de la edición original:
Fraternità di Comunione e Liberazione

© 1987 Ediciones Encuentro

Traducción
José Miguel Oriol
con la colaboración de
Cesare Zaffanella y José Miguel García

10ª edición
noviembre 2008

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ISBN pdf: 978-84-9920-633-2

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2008	I
PREFACIO	7
INTRODUCCIÓN	13
Capítulo Primero PRIMERA PREMISA: REALISMO	17
Capítulo Segundo SEGUNDA PREMISA: RAZONABILIDAD	29
Capítulo Tercero TERCERA PREMISA: INFLUENCIA DE LA MORALIDAD EN LA DINÁMICA DEL CONOCIMIENTO	43
Capítulo Cuarto EL SENTIDO RELIGIOSO: PUNTO DE PARTIDA	57
Capítulo Quinto EL SENTIDO RELIGIOSO: SU NATURALEZA	71
Capítulo Sexto ACTITUDES IRRAZONABLES FRENTE AL INTERROGANTE ÚLTIMO: VACIAR LA PREGUNTA	89

Capítulo Séptimo ACTITUDES IRRAZONABLES FRENTE AL INTERROGANTE ÚLTIMO: REDUCIR LA PREGUNTA . . .	103
Capítulo Octavo CONSECUENCIAS DE LAS ACTITUDES IRRAZONABLES ANTE EL INTERROGANTE ÚLTIMO	117
Capítulo Noveno PREJUICIO, IDEOLOGÍA, RACIONALIDAD Y SENTIDO RELIGIOSO	137
Capítulo Décimo CÓMO SE DESPIERTAN LAS PREGUNTAS ÚLTIMAS. ITINERARIO DEL SENTIDO RELIGIOSO	145
Capítulo Undécimo EXPERIENCIA DEL SIGNO	159
Capítulo Duodécimo LA AVENTURA DE LA INTERPRETACIÓN	173
Capítulo Decimotercero EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD	181
Capítulo Decimocuarto LA ENERGÍA DE LA RAZÓN TIENDE A ENTRAR EN LO DESCONOCIDO	191
Capítulo Decimoquinto LA HIPÓTESIS DE LA REVELACIÓN: CONDICIONES PARA QUE SEA ACEPTABLE	203
ÍNDICE ONOMÁSTICO	209
ÍNDICE TEMÁTICO	211

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2008

Francisco Javier Martínez
Arzobispo de Granada

I

El mundo en que vivimos está marcado, desde hace siglos, por una división. Esa división no es el único factor que determina el presente, pero es un factor decisivo en la configuración del presente, tanto en el plano del conocimiento y del saber como en el plano de la vida moral. Esa división invade todo: el pensamiento y la memoria, las relaciones humanas, las obras que producimos los hombres, y las que dejamos de producir. Condiciona en gran medida nuestra comprensión y nuestro uso de las cosas, nuestra estética, nuestra ética y nuestra política. Condiciona nuestra mirada sobre nosotros, sobre los demás y sobre el mundo.

Esa división es la división entre «lo sagrado» y «lo profano», o, si se quiere, entre lo «religioso» y (el resto de) la realidad. La división nace en el interior del cristianismo occidental (a partir quizá de Duns Escoto y por la vía del nominalismo), aunque hay quien atribuye su origen al influjo de Avicena, y, por lo tanto, a un empobrecimiento del cristianismo por influencia del Islam. En todo caso, es expresión, y a la vez causa, de la fragmentación de la experiencia cristiana en los albores de la modernidad. En el contexto en que ha nacido, esa división se corresponde en gran medida con una división análoga —y no del todo separable de la anterior— entre lo «sobrenatural» y lo «natural», o, si se quiere formular de una manera menos precisa y menos técnica, pero más accesible, una división entre lo «cristiano» y lo humano. Lo cristiano designaría no sólo a una experiencia humana concreta,

y dotada, como no podía ser de otro modo, de sus categorías «propias», sino más bien a un mundo particular cerrado en sí mismo, mientras que lo humano *sin Cristo* sería lo «universal». La división se corresponde también en buena medida con otras «divisiones» que se fraguan en el mismo contexto, y que separan y contraponen realidades que, antes de esa fragmentación de la experiencia cristiana, existían la una dentro de la otra, o en todo caso se relacionaban entre sí de un modo radicalmente distinto a como lo han empezado a hacer en la modernidad. Los ejemplos más característicos de ello son la división que contrapone la «fe» y la «razón», o la «gracia» y la «libertad». Es frecuente referirse a estas divisiones o a algunas de ellas con el nombre de «dualismo»¹.

He dicho «división» y no distinción. Y ello porque es la división, y no sólo una distinción razonable y justa, lo que constituye un factor decisivo en la construcción y en la deconstrucción de la modernidad. Pero es que en el contexto cultural actual, además, la distinción —salvo que se hagan mil matizaciones y aclaraciones— sólo se entiende como división: y cuando se apela a la necesidad de mantener la distinción, en la inmensa mayoría de los casos es sólo para justificar la división y sus consecuencias.

Es notable que la división, en muchos casos, no constituye un pensamiento elaborado, hecho explícitamente objeto de discernimiento y de juicio, y asumido con conciencia y con libertad.

¹ No sería difícil multiplicar los ejemplos de divisiones y contraposiciones análogas, que pertenecen todas ellas a constelaciones de conceptos articuladas en la modernidad, y que remiten todas ellas de maneras diversas a la misma división de fondo: la ruptura de una conexión constitutiva entre el testimonio del que la Iglesia es portadora y la humanidad del hombre. Así, por ejemplo, la división determina el modo de la relación entre teología y filosofía, o entre «fe» y «cultura», o entre fe y moral, o entre liturgia y ontología, o entre Iglesia y «mundo», o entre «privado» y «público». En la raíz de todas esas manifestaciones está la percepción de Dios, que se abrirá camino desde finales de lo que suele llamarse (absurdamente) «la Edad Media», como un «ser» separado del mundo (a eso queda reducida su trascendencia), pero «un» ser más, al fin y al cabo. Desde ese momento, Dios y el mundo se relacionan de un modo determinado fundamentalmente por la categoría de poder. Concebido como un «ser», Dios, a la larga, no podrá dejar de convertirse en una proyección de lo humano. Será también inevitable que ambos «seres», Dios y el mundo, se destaquen en el escenario sobre un fondo oscuro que sólo puede ser «la nada». Y la nada misma viene también a ser concebida como otro «ser», y justamente como el trasfondo último de todo lo que es. Por ello, la división no preserva lo religioso, sino que entrega lo real en los brazos de la nada.

Es más bien una categoría desde la que pensamos las cosas, desde la que las organizamos y desde la que obramos. Condiciona nuestro conocimiento y nuestro obrar, pero no es un pensamiento elegido por su carácter de pensamiento persuasivo (de hecho es muy frágil frente a una crítica racional seria). La división está como instalada en nuestro pensamiento previamente a cualquier acto consciente de la inteligencia. Es como si la adquiriéramos por ósmosis. Es, podríamos decir, una especie de *a priori* cultural. Y por eso es en buena medida invisible. Y una buena parte del poder que ejerce sobre nosotros radica precisamente en su «invisibilidad».

Hasta tal punto la división constituye un *a priori* cultural, que es el pensar u obrar *contra* la división, o el mero hecho de resistirse a ella, lo que requiere un acto consciente y libre. Ese acto ha de ser constantemente repetido, y es preciso renovar las razones para repetirlo, para que pueda llegar a hacerse un *hábito*, una especie de costumbre del pensamiento, de la mirada y del corazón. Y aun así, como la división parece el punto de apoyo sobre el que se sostiene el mundo, como es el dogma intangible y el presupuesto nunca cuestionado de la cultura en la que hemos nacido, y en la que vivimos, como está detrás (o dentro) de las instituciones, las transacciones y las liturgias seculares en las que necesariamente participamos, apenas uno se descuida, el «yo» vuelve a la división, vuelve a pensar desde ella, a mirar desde ella, a decidir o a obrar desde ella. En cuanto nos distraemos, en cuanto la presencia que nos ha rescatado para la libertad se nubla, o no es seguida con sencillez, la división se vuelve a instalar en el corazón, en la mirada y en la mente, en las palabras y en las obras. La división afecta, por tanto, también a la tarea educativa en todas sus expresiones (desde la escuela y la familia a los medios de comunicación), y por medio de ella se perpetúa.

II

El sentido religioso, de Don Luigi Giussani, fundador del movimiento *Comunión y Liberación*, es un libro que trata de educar. Y educar es introducir a lo real. Cuando uno se aproxima a lo real con una razón abierta, que no ha perdido su capacidad de

III

sorpresa, que no está ideológicamente dominada, ni la naturaleza de la razón humana ni la naturaleza de lo real toleran la división de que hemos hablado. Por eso, *El sentido religioso* es un libro que se sitúa más allá de la división, no ignorándola como hecho cultural, ni ignorando sus consecuencias dramáticas, ni reaccionando contra ella, sino situándose culturalmente después de ella. No la describe, ni la analiza, ni trata de situarla en el marco de la evolución de la cultura occidental. Pero se sitúa después de ella. Puede decirse con verdad que es una de las obras cristianas del siglo XX, en primer lugar, más consciente de la profundidad de las raíces del problema, y luego, escrita desde esa conciencia con la intención de superarlo, no en el sentido de criticar simplemente algunas de las posiciones que se derivan de él, sino en el sentido de trascender las premisas que lo causan.

Precisamente porque las trasciende, *El sentido religioso* no es una obra antimoderna, no es una obra reaccionaria. Las obras antimodernas, las reacciones contra la modernidad, han sido uno de los factores más característicos de la «religiosidad» moderna. Y todas esas reacciones contribuían a consolidar la modernidad, compartían —en la reacción— sus presupuestos fundamentales, eran y son más un síntoma de la enfermedad que una posibilidad de remediarla.

Las notas que constituyen el núcleo de este libro iban originalmente dirigidas a unos jóvenes a los que Don Giussani trataba de ayudar a afrontar la vida de un modo plenamente humano, esto es, racionalmente consistente y libre, sin más fidelidad que la que todo ser humano ha de tener a la verdad y a la compañía humana que ayuda a descubrirla y hace posible amarla. Y al hacer esto, Don Giussani estaba desbrozando caminos que la fe cristiana ha de recorrer inevitablemente en los albores del siglo XXI. Son caminos que la Iglesia ha de recorrer siempre, que en cierto modo siempre ha recorrido, pero que la confusión sembrada en las conciencias como consecuencia de la división convierte de nuevo, en las circunstancias actuales, en absolutamente imprescindibles.

Puesto que este libro ha educado ya a varias generaciones de jóvenes y de adultos, y sigue siendo un punto de referencia decisivo para miles y miles de personas en todo el mundo, podemos decir que estamos ante un clásico. Comentaristas muy autorizados reconocen a Don Giussani como una figura que marca una

época en la educación cristiana². Pero sería un error pensar que este clásico ha florecido aislado en mitad de un desierto. No, las cosas humanas nunca suceden así, y tampoco las cosas de Dios. La genialidad educativa de Don Giussani, su inmensa capacidad de paternidad en la guía y el acompañamiento de las personas, tienen un contexto, emergen en un momento preciso de la historia de la Iglesia.

Para empezar, Giussani nace y crece en una tradición cristiana viva, realista y concreta, con una marcada presencia social, como es la de la Lombardía heredera de san Ambrosio y de san Carlos Borromeo. Una tradición que él había asimilado a través de su madre³. Él mismo había sido luego formado en las cercanías de Milán en una escuela teológica de gran riqueza, la escuela del Seminario de Venegono, con maestros como Gaetano Corti, Carlo Figini o Giovanni Colombo⁴. A final de los años cincuenta, Don Giussani había publicado sus primeros opúsculos con el *nihil obstat* de los teólogos milaneses. Esa escuela se caracterizaba por el esfuerzo intelectual de recuperar para el pensamiento teológico cristiano la centralidad de la figura de Cristo en la historia y en el cosmos; y, por tanto, y al mismo tiempo, de recuperar la conexión sustantiva entre Cristo y el orden creado, entre Cristo y la existencia humana, de modo que se vuelva a poner de manifiesto en el pensamiento y en la vida de la Iglesia que toda la creación, que toda la existencia, está constitutivamente orientada hacia Cristo. Tampoco hay que olvidar que la familiaridad de Don Giussani con la gran tradición ortodoxa y con la teología protestante americana, sobre la que escribió su tesis doctoral⁵, le hacía sin duda más sensible a las fracturas creadas por la división y a la necesidad de superarlas. También en su formación teológica habían influido las mejores figuras de la renovación católica del siglo XIX, como Johann Adam Möhler y John Henry Newman,

² Remito a la obra colectiva: E. Buzzi (ed.), *A Generative Thought. An Introduction to the Works of Luigi Giussani*, Montréal & Kingston, London, Ithaca, McGill-Queen's University Press, 2003.

³ Se leerá con utilidad un perfil biográfico en: Massimo Camisasca, *Comunión y Liberación/1 (Los orígenes 1954-1968)*, Encuentro, Madrid, 2002.

⁴ Sobre la «Escuela de Venegono» se puede consultar: ISTRÁ, *Anuario del Dipartimento Teologico (1984)*, Edit, Milano, 1985.

⁵ Luigi Giussani, *Grandi linee della teologia protestante americana. Profilo storico dalle origine agli anni '50*, Jaca Book, Milano, 1988.

y del siglo XX, como Romano Guardini. Y había leído algunas obras de Henri de Lubac⁶ que le aproximan al círculo de pensadores que hicieron posibles los puntos más decisivos y duraderos de la enseñanza del concilio Vaticano II: que la revelación de Dios no es simplemente la revelación de un conjunto de nociones, sino que es un acontecimiento dramático que culmina en la persona de Cristo, cuya presencia permanece en la Iglesia por el don del Espíritu; que la fe es el asentimiento de la persona entera (razón y libertad) a esa presencia; que la persona de Cristo no es relevante sólo para eso que, en el contexto de la división, se llama «la vida espiritual», sino que revela el hombre al mismo hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación; y que todo el sentido de la existencia y de la vida de la Iglesia es «ser sacramento» de Cristo, o, lo que es lo mismo, hacer presente a Cristo en la historia, y, haciendo presente a Cristo, generar la plenitud de humanidad que todo ser humano anhela. Estas verdades elementales, constitutivas del núcleo de la existencia cristiana pero oscurecidas bajo el efecto de la división, constituyen el contenido de los tres volúmenes del *Percorso*, o, como se llama en la versión española, el *Curso básico de cristianismo*. De ese *Percorso*, Cristo constituye el centro. Pero el fruto más extraordinario y más inmediato de la redención de Cristo es, justamente, el reconocimiento sin censuras del Misterio que constituye lo real, y del anhelo de ese Misterio que nos constituye a nosotros como seres humanos. Frente a ese Misterio nos sitúa *El sentido religioso*.

⁶ De las obras de Henri de Lubac habría que señalar sobre todo *Catholicismo*. Más adelante Giussani conoció también a Hans Urs von Balthasar, que expresaría en distintas ocasiones su curiosidad e interés por la realidad eclesial que nacía del sacerdote lombardo. En general, las obras de estos dos autores señalan caminos en el desierto y los abren para más allá del desierto. La diferencia fundamental entre ellos y la obra de Luigi Giussani es que ellos tratan de ayudar a comprender intelectualmente las causas de la división, o sus consecuencias, o tratan de ayudarnos a ver cómo era la «tradicción» cristiana antes de la quiebra, y, por tanto, como podría entenderse y vivirse la vida si la quiebra se superase. Don Giussani, en cambio, escribe un texto todo él orientado hacia el futuro, y hacia la construcción del sujeto que ha de hacer la historia, movido por la preocupación educativa que guía toda su vida. Hasta en esto, *El sentido religioso*, aunque es una obra plenamente actual, ya no es una obra moderna.

PREFACIO

S. E. R. el Cardenal Stafford*

El sentido religioso es el primero de tres libros de monseñor Luigi Giussani en los que se expone el contenido de los cursos que dictó durante más de cuarenta años de enseñanza, primero como docente de Religión en un instituto de bachillerato de Milán y, a partir de 1964, como profesor de Introducción a la Teología en la Universidad Católica de la misma ciudad. El segundo libro está dedicado a la gran revelación personal de Dios al mundo en la persona de Jesucristo (*Los orígenes de la pretensión cristiana*), mientras que el tercero se ocupa del modo en que este acontecimiento permanece presente en la Iglesia durante todo el tiempo y en cada época (*Por qué la Iglesia*).

Lo que descubrimos en la obra de monseñor Giussani no es un tratado teológico en sentido técnico, nacido de la elaboración de una teoría. En realidad nos encontramos ante una serie de reflexiones que, sin quitar nada al rigor y a la sistematicidad del pensamiento, nacen de la preocupación educativa de monseñor Giussani por comunicar lo plenamente razonable que es el «Hecho cristiano», precisamente a través de la experiencia de su propia humanidad.

Se puede comprender mejor la originalidad del método y el contenido de estos tres libros (que ocupan el centro de una gran producción, que incluye más de veinte libros y muchos artículos) si se considera que la persona de monseñor Giussani está en el origen de uno de los movimientos más vivaces y com-

* Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos.

prometidos actualmente en la vida de la Iglesia y de la sociedad, Comunión y Liberación. Presente ya en más de setenta países («Id por todo el mundo» fue el mandato que Juan Pablo II dio a Comunión y Liberación con ocasión del trigésimo aniversario del movimiento en 1984), su realidad adulta, la «Fraternidad de Comunión y Liberación», ha sido reconocida por la Santa Sede como asociación universal de fieles de derecho pontificio. Por todas estas razones, es para mí una alegría y un honor, como Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, presentar estos textos.

Los comienzos de Comunión y Liberación se remontan a los primeros años 50, cuando monseñor Giussani —entonces joven profesor de la Facultad de Teología de Milán, comprometido en un intenso estudio del pensamiento del protestantismo americano, especialmente el de Reinhold Niebuhr— decidió abandonar la enseñanza teológica especializada para dedicarse completamente a estar presente entre los estudiantes. En una sociedad como era la italiana de los años 50, todavía impregnada, al menos aparentemente, por los principios del catolicismo, monseñor Giussani percibió con dramática lucidez el riesgo que se corría de una adhesión puramente formal a esos principios, sobre todo por parte de la juventud. Además intuyó, con mucha anticipación sobre lo que ocurriría posteriormente en la sociedad y en la Iglesia, el drama de la reducción del Hecho cristiano a una práctica puramente exterior, lo que suponía para los cristianos la pérdida de una verdadera conciencia de los fundamentos de la fe y de sus implicaciones para la entera existencia humana. Sin un fundamento razonable, la fe se basaría simplemente en el sentimentalismo y ya no sería realmente interesante para el hombre, dejaría de influir en la realidad y, de hecho, se subordinaría a los valores de la mentalidad dominante en la sociedad.

Desde sus primeras experiencias como docente y educador, monseñor Giussani trató con pasión de afirmar la claridad e iluminar en todos sus aspectos el carácter plenamente razonable del cristianismo. Todavía hace poco tiempo, en una nota suya que publicó durante la Navidad de 1996 un diario italiano, volvía a afirmar su preocupación educativa fundamental: «... el primer problema que advertimos con respecto a la cultura moderna es que nos sentimos como mendigos de la idea de razón y comprendemos —inversamente— que la fe necesita que el hombre

sea razonable para poder reconocer el Acontecimiento de gracia que es Dios con nosotros» (*).

Según el autor, la mentalidad moderna reduce la razón a una serie de «categorías en las que la realidad se ve obligada a entrar: lo que no cabe en estas categorías se tacha de irracional». La razón, por el contrario, «es como una mirada abierta de par en par a la realidad», que lo percibe todo y capta «sus nexos y sus implicaciones». La razón discurre sobre la realidad, intenta penetrar en el significado que percibe de ella, corriendo de un lado para otro, guardando cada cosa en la memoria y tendiendo a abrazarlo todo. La razón es lo que nos define como personas. Por eso hace falta una verdadera pasión por la capacidad de razonar.

En el primer libro el autor afirma y expone que la esencia verdadera de la racionalidad y la raíz de la conciencia humana se encuentran en el sentido religioso que tiene el yo. El cristianismo se dirige al sentido religioso justamente porque se propone a sí mismo como una posibilidad imprevista (¿quién habría podido prever la Muerte y Resurrección del Hijo único de Dios?) frente al deseo del hombre de vivir buscando, descubriendo y amando su destino. Por tanto, el cristianismo resulta una respuesta razonable al más profundo de los deseos humanos. Todo hombre, en efecto, por el hecho mismo de existir, afirma en su existencia, incluso inconscientemente, que todo tiene un significado por el que vale la pena vivir. En este sentido, el hecho de reconocer la finalidad que tiene la existencia y la historia —es decir, aquello que se ha llamado siempre «Misterio», o «Dios»— se manifiesta como una exigencia de la razón. En cada acto de la razón, si se siguen todos los pasos posibles de la lógica a nuestro alcance, se llega a un punto, a una apertura, a un soplo, a una intuición imprevista, de tal manera que cada experiencia que la razón podría juzgar sólo puede valorarse a la luz de la realidad única del Misterio, Dios. La razón reconoce, si es fiel a su dinamismo original de apertura a la totalidad de lo real, que existe este nivel último y misterioso de la realidad. Sin embargo, no puede pretender conocer con sus solas fuerzas «Quién» es el Misterio.

El Misterio se da a conocer sólo manifestándose, tomando la iniciativa de situarse como un factor de la experiencia humana,

(*) L. Giussani, «Natale, tempo di speranza per l'uomo moderno che non crede più in niente», en *Il Giornale*, 24 de diciembre de 1996, p. 1.

como y cuando quiere. La razón, en efecto, si bien espera esta «revelación», no puede hacer que acontezca. No obstante, negar la posibilidad de esta iniciativa por parte del Misterio —tal como sucede en gran medida en la cultura moderna— en última instancia es negar la posibilidad de relacionarse con el Infinito, con el ser que es el Misterio, que tiene la razón.

En un determinado momento histórico, un hombre, Jesús de Nazaret, no solamente reveló el misterio de Dios, sino que se identificó con él. Cómo empezó este acontecimiento a llamar la atención de los hombres; cómo creó Jesús una clara convicción en los que empezaron a seguirlo; de qué manera comunicó el misterio de su persona: todo esto constituye el contenido del segundo libro, *Los orígenes de la pretensión cristiana*.

Pero hoy, después de dos mil años, ¿cómo se puede alcanzar certeza sobre el hecho de Cristo? ¿Cómo puede resultar razonable, hoy, adherirse a la pretensión cristiana? Este problema define el corazón de lo que históricamente se llama «Iglesia», de ese fenómeno socialmente identificable que se presenta en la historia como la continuación del acontecimiento de Cristo. Hoy, como hace dos mil años, el único método para conocer a Cristo con certeza es tener un encuentro con la realidad humana en la que Él está presente. Todo el problema que ocupa al autor en el tercer libro, *Por qué la Iglesia*, puede sintetizarse así: la Iglesia se presenta como un fenómeno humano que pretende llevar en sí mismo lo divino. De este modo, la presencia de la Iglesia en la historia de la humanidad sigue planteándose frente al mundo como lo hizo Jesús.

La obra de monseñor Giussani representa una ayuda significativa para todos aquellos que, dentro o fuera de la Iglesia, quieran acercarse a ella sin prejuicios y con una apertura real a la fascinante posibilidad que representa el acontecimiento de Cristo. Posibilidad más fascinante aún, si consideramos que vivimos en un tiempo, como observa el autor, «en que lo que se llama cristianismo parece ser un objeto conocido y olvidado. Conocido, porque son muchas sus huellas en la historia y en la edificación de los pueblos. Y, no obstante, olvidado, porque el contenido de su mensaje parece que tiene muy difícilmente que ver con la vida de la mayoría de los hombres» (**).

(**) L. Giussani, *Il senso di Dios e l'uomo moderno*, BUR, Milán 1994, p. 5.

Prefacio

Con una frescura inmediata, que nace de una intensa experiencia existencial, y con una intensidad de reflexión sorprendente, cada paso de esta obra vuelve a proponer de manera concisa y fascinante la originalidad del acontecimiento cristiano, del Dios con nosotros, que decidió salir al encuentro del hombre haciéndose hombre él mismo, comunicándose así al mundo, a los hombres y a las mujeres de todo tiempo y lugar.

INTRODUCCIÓN

Los volúmenes del *PerCorso** no tienen más pretensión que afirmar la verdad: quieren indicar cómo surgió el problema cristiano, también históricamente. El desarrollo de los capítulos no pretende afrontar exhaustivamente todos los problemas, sino indicar el camino que hay que recorrer. El camino de la razonabilidad. En efecto, Dios, al revelarse en el tiempo y en el espacio, responde a una exigencia del hombre.

Hoy se oye a menudo decir que la razón no tiene que ver con la fe, pero ¿qué es la fe?, ¿y qué es la razón?

La mentalidad moderna reduce la razón a un conjunto de categorías en las que se fuerza a entrar a la realidad: lo que no entra en estas categorías recibe el apelativo de irracional; y, en cambio, la razón es como una mirada abierta de par en par a la realidad, que bebe ávidamente de la realidad, que capta los nexos y las implicaciones, que discurre, corre dentro de la realidad, de una cosa a otra, conservándolas todas en la memoria, y tiende a abrazar todo. El hombre afronta la realidad con la razón. La razón es lo que nos define como hombres. Por eso debemos tener la pasión de la razonabilidad: esta pasión es el hilo conductor de nuestro argumento. Esta es la razón de que el primer volumen del *PerCorso*, *El*

* En su edición original italiana, utilizando un juego de palabras para subrayar a un tiempo el significado de camino y de indicaciones que tienen estos volúmenes. Nosotros preferimos simplificar, ya que en castellano la palabra *Curso* conserva también el significado de itinerario (*nde*).

El sentido religioso

sentido religioso, comience con una triple premisa de método, que ayude a penetrar en el modo como la conciencia de un hombre, por naturaleza, razona.

L. G.

EL SENTIDO RELIGIOSO

A mi obispo

